

LIBROS

Un regusto barojiano

Estas conversaciones españolas, este largo monólogo (1), acaban por llevarnos, por los meandros de los últimos cincuenta años, a la más profunda de las desolaciones. Damián, el viejo anarquista, se autoconfiesa con un antiguo camarada de la niñez en un asilo. A lo largo y a lo ancho de esta conversación obsesiva se van desvelando las claves de la vida política y social de nuestra historia menos reciente. Jiménez Lozano ha querido radiografiar una época, pero desde dentro de su personaje. No asistiremos a acontecimientos sonados, ni siquiera a una suerte de cronología. La superposición de planos —en el tiempo y en el espacio— es evidente, y con ello posiblemente se ha pretendido significar todo lo que de caótico existe en el ex revolucionario y en él, como símbolo, en la violencia desatada de las luchas sociales.

Hay en esta novela un mucho de ensayo, con reminiscencias de un humanismo, que el autor no confiesa de plano, pero que, tal vez un poco ingenuamente, va a expresar en esa página tremenda, quizá de lo mejor del libro, cuando el protagonista se encarama en la mesa del café, burlándose trágicamente de los histriones teorizadores de la literatura y de la vida.

No cree el escritor que ninguna revolución pueda cambiar a los hombres. Menos aún, la revolución de la técnica y el progreso. Hay que asomarse, parece decir-

nos, a la «poza de la verdad», a las salamandras repugnantes. Y la definitiva sal a mandra acaba siendo la muerte. Damián, que vivió en perpetua contradicción, empezó a comprenderlo el día en que crucificaron a un perro, pero prefirió irlo olvidando, hasta que una salamandra se le subió a la garganta en el café de escritores y otra, al final, puso término a su vida.

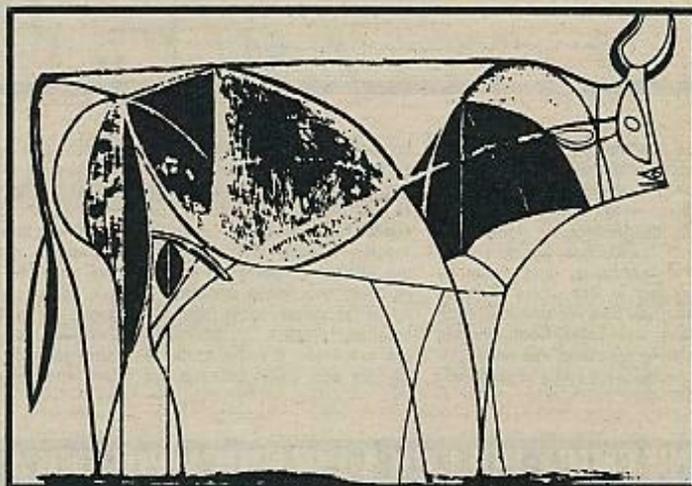
Jiménez Lozano, como en anteriores trabajos, practica una doble vertiente. La que pudiéramos considerar como accidental, en la que se muestra como un consumado historiador, y la consecuencia metafísica. «A lo mejor —nos dice— es verdad que somos un pueblo de frailes y que como no podemos o no nos atrevemos a serlo todos, tiramos por los otros caminos hasta que llega la muerte con sus marranadas o la vida, que nos vacía herrada a herrada los sueños y las esperanzas, y vamos viendo la poza y las salamandras que teníamos dentro».

Damián es ya un cadáver cuando ingresa en el asilo. Un cadáver con una historia sobre sus hombros, que ha de vaciar herrada a herrada, y cuando no queda una gota de agua en el pozo, desaparece. La intrahistoria de Damián, con un regusto barojiano, parece intuir el oscuro destino de todos aquellos que escogieron los exilios —interior o exteriormente— para irse poco a poco consumiendo, abandonando toda esperanza, siempre desde dentro. Jiménez Lozano ha querido dulcificarnos la muerte del hombre, en el tenebroso paisaje del asilo, con su gesto cordial, seguramente el más auténtico del que fuera furibundo ácrata. En su rebelión, en la locura de la hora de la verdad, está la poca esperanza que ha conseguido exprimir. Hay más esperanza en la novela, pero queda diluida entre las frustraciones. Esperanza, por señalarlo de algún modo, en esos personajes que pasan fantasmalmente por el relato; en Germinal, la

entrañable figura de tendero anarquista, en el abuelo, en la tía Petra, en las prostitutas... Es el esperar del pueblo, entre explosiones de ira y remansos de mansedumbre. Damián, con el pecado de la soberbia, acabará redimiéndose el día en que llora ante la muerte de un niño. Entonces vuelve a ser pueblo, a encontrarse.

No cabe duda de que Jiménez Lozano, a juzgar por éste y anteriores escritos, prefiere dejar desnuda a su galería de seres en virtud de circunstancias ambientales. Olavide y las monjas jansenistas de Port Royal están vistos enfrentados a una situación. No hay introspección. El Damián de esta historia va a moverse arrastrado por el signo de los tiempos. ¿Quién es este hombre, en suma? Un mucho la voz de los demás, con sus heroísmos y sus claudicaciones, con sus oportunismos y ese sentido redentor, propios de quienes, por su extracción humilde, sueñan con utópicas redenciones. Damián es un hombre sin historia propia, sin el perfil del líder, zarandeado, ilusionado y, en definitiva, derrotado. Alguien que sale de esa nada, vigorosa y amorfa, de los sin voz y escribe su propia vida, dentro de la vida de los demás.

El autor no se recata —poco cauteloso— en desbordar su argumento de picante erudición popular, en línea con un barroquismo, por otra parte, entrañadamente ibérico. Con ello, aunque pueda parecer excesivo, va suavizando este estudio que nos queda a mitad de camino entre el pesimismo y la desolación. La chispa de esperanza, el hilillo que encuentra para reconciliar la muerte de las ideas y el derrumbamiento postero, han de quedar en la íntima verdad de la locura de Damián, cuando se despoja de todas las adherencias y todos los postizos para volver a ser pueblo sobre la mesa de un café. ■ MIGUEL ANGEL PASTOR.



Un intento fallido

No creo en los libros destinados a «llenar un hueco»: esa parece tarea más propia de un enterrador que de un texto. Pero una vez que un libro se propone explícitamente un propósito pedagógico y regenerador, parece en cierta medida inevitable que sea juzgado de acuerdo con su eficacia para cumplir la tarea impuesta. El propósito que inspira la «Tauromaquia fundamental», de Rafael Ríos Mozo (1), es la introducción del arte del torero en el ambiente universitario; de acuerdo con este proyecto, su libro me parece un intento fallido, una ocasión desaprovechada de realizar una labor juntamente de profundización y de divulgación de una de las fiestas más extrañamente bellas de Occidente. Supongo que el «ambiente universitario» a que se refiere el autor son los levantisos ciudadanos menores de veinticinco años, o no mucho mayores, que pueblan con su perturbadora presencia las fábricas de espíritu del Estado. Es dolorosamente obvio que el interés por los toros en dicho ambiente es escaso, que se los asimila a formas periclitadas de barbarie o de embrutecimiento colectivo; los que saben economía suelen citar las ganaderías como ejemplos de latifundismo, desaprovechamiento del agro y

cosas de esas. El criterio general es que los toros se acaban y que desaparecerán en cuanto los cuatro turistas que todavía van a las plazas se aburren de ellos. La mayoría no tiene la más remota idea de en qué reside la gracia de los toros, si es que la hay. En tal situación, no parece superfluo intentar un acercamiento teórico exigente a la esencia de la tauromaquia, libre, en lo posible, de tópicos folklóricos o de tiquismiquis tecnicistas, que brinde la oportunidad de aproximarse, por vía inteligible, al misterio del juego taurino. No un repertorio de frases hechas o denominaciones de jerga, que faculten para presumir de entendido entre los vecinos de tendido, sino una indagación a la vez mítica, lúdica y ética de una fiesta en la que los valores estéticos llegan a transfigurarse en una forma particular de mística ligera y brillante, pero mortal. Esto es lo que, a mi juicio, no acierta a lograr el bienintencionado libro de Ríos Mozo.

En esta «Tauromaquia fundamental» se dedican dos terceras partes de la extensión total de la obra a una especie de historia del torero. Digo especie, porque tal historia comienza con Antonio Fuentes, dejando, por tanto, fuera a todos los clásicos fundadores de la tauromaquia, como Montes, Pepe Hillo o Pedro Romero. El autor se excusa diciendo que sus propósitos no son eruditos y que lo que cuenta es su designio de hacer prosélitos. Ninguna

renuncia a la erudición disculpa el hacer una historia del torero en la que se hable de «Paquirri» y «Palomo Linares», pero no de Cúchares o Lagartijo. Al no explicar los principios de la tauromaquia según Pepe Hillo y Montes, o la subsiguiente evolución de las suertes del torero a pie, la historia del torero de Ríos Mozo queda reducida a un catálogo de anécdotas de toreros famosos de nuestro siglo. Esto es precisamente lo accidental y no lo fundamental que el título del libro prometía. Además, fracasa en su intención proselitista, porque las anécdotas de toreros célebres sólo interesan a quien ya sienta afición al torero; lo primero es interesar al lector por el torero y los principios de su juego, que la curiosidad por la vida de los toreros surgirá, naturalmente, después. Luego sigue una descripción muy breve de las figuras de la fiesta —torero, banderillero, apoderado...— en la que también predomina lo anecdótico, mezclado con algunos brotes de un lirismo más bien dudoso. Cierra el libro una escueta Guía Terminológica para novicios. No hay ni una página dedicada a los orígenes rituales y míticos del torero; no hay una mínima descripción rigurosa de cada suerte del juego; nada se dice de la compleja y fascinante álgebra de los terrenos, que tan bien explicó el francés Claude Popelin en su libro editado por 10/18. No se profundiza en el significado de la revolución belmontina, en el

(1) Tauromaquia fundamental, Rafael Ríos Mozo. Universidad de Sevilla.